El tremendo

Por

Rey Barhu

**Nota del editor**

Algunas aclaraciones en este breve texto, servirán al lector como vista previa de la obra en sí.

Los relatos de Rey Barhu que podrán encontrar a continuación son de un carácter adulto y serio, o al menos esa es la intención del autor. Todos los relatos contemplan dramas fuertes para los sentidos que intentan abarcar diferentes géneros literarios, dando pinceladas de acción o suspenso en diferentes ocasiones. En todas las obras, se puede apreciar como firma del autor un ritmo apremiante, que intenta no ser poéticamente exagerado en sus descripciones de los personajes y escenarios, sino detallar las escenas y acciones como un todo de valor más importante. De esa manera, se puede resumir y concluir que la intención del cuento, es la de generar pensamientos y cuestionamientos del lector, provocando la lectura y relectura de líneas o frases puntuales a medida que se avanza en la historia, en lugar de un texto pasivo que solo puede ser admirado como un objeto inanimado y que carece de reales fundamentos e ideales. A su vez, vale aclarar que el escrito, está redactado en un español argentino algo alivianado, el cual intenta no abusar de modismos ni localismos, pero que no niega en absoluto la raíz rioplatense argentina.

Sin más, espero que la edición sea de su agrado y pueda disfrutar, aprender y criticar la obra, utilizando su juicio y experiencia propia sin objeciones ni barreras sociales.

**Lucas Mercaich, editor.**

**Capítulo I**

Es lamentable pero cierto, no se puede elegir donde ni cuando nacer. Sin embargo, la búsqueda de la felicidad y una vida plena, está disponible para cualquiera, naciendo en la indigencia total o en una cuna de oro. De cualquier manera, los primeros pasos son los más difíciles, porque los seres humanos necesitan sí o sí, la ayuda y asistencia de sus semejantes para sobrevivir, por eso permanece completamente vulnerable hasta que pueda valerse por sí mismo.

Esto lo sabía muy bien Alan. Experiencias dolorosas han forjado su carácter y temple. No se lo puede culpar por ser rencoroso, después de todo, la mente de un niño es innegablemente inocente. La muerte de sus padres lo alcanzó a temprana edad. Un terrible accidente de tránsito provocado por delincuentes ensañados en un frenético raid delictivo, dejaron al indefenso chico a la merced de los cuidadores de un orfanato a los cuatro años de edad. Ese lugar, incrustado en una vieja casona casi bicentenaria, se erguía en un típico barrio de la Capital Federal Argentina. Sirvió bien al momento de recibir alimento y un techo, pero la convivencia era algo difícil. Los problemas abundaban, porque la mayoría de los niños desprendían rabia y odio, producto de la falta de afecto y cariño que nunca obtuvieron de sus padres. La vida lo puso en una complicada situación, pero también le tuvo compasión, los tutores o cuidadores, eran buenas personas, que anhelaban un feliz futuro para cada uno de los niños. Siempre estaban presentes en los momentos difíciles, para separar las riñas, crear actividades divertidas e impartir educación y disciplina.

Los años pasaron. Alan, a pesar de todo, había desarrollado una actitud amigable y bondadosa pero también madura y reflexiva, algo llamativo para un niño de ocho años, probablemente construida por el triste recuerdo de sus padres perdidos. Esa experiencia vivida, dejo un recurrente sentimiento de nostalgia y un claro anhelo de justicia. Seguro que parte de esa actitud, se debía también al especial de clásicos de acción, que sus tutores permitían ver los sábados por la noche en la televisión. Claro que sí. Los grandes hombres musculosos de la pantalla, eran el modelo a seguir elegido por el pequeño. Sus cautivantes frases, espectaculares hazañas y actos heroicos eran todo lo que un solitario infante admiraba, soñando tal vez, convertir su propia vida en una magnifica historia digna de conmemorar algún día. Alan tomaba lo mejor de sus personajes favoritos para convertirse en una especie de superhéroe que patrullaba los salones del orfanato. Sus grandes proezas lo ponían en la posición de mejor compañero y guardián protector, como la vez que separó solo con el poder de su voz una pelea de dos chicos revoltosos; o la vez que bajó la pelota de fútbol del empinado techo del asilo sin usar una escalera; o esa vez que se trenzó a fuerza de puños con el huérfano de quince años, el más grande de todos, para devolverle el collar de oro heredado de su difunta madre a Melisa, una nena invalida de siete años que por capricho de la genética carecía de miembros y la capacidad de pensar con claridad. Todos adoraban a Alan y él demostraba su alegría, blandiendo una sonrisa orgullosa, brindando amabilidad y bondad en todo momento.

Durante toda su estadía en el orfanato, Alan no puso mucha atención a la gente que venía con el objetivo de adopción. Por razones personales, sentía poco o incluso ningún interés por aquellos que venían con ofertas de asilo y una vida mejor. Nadie podía cautivarlo, todos eran aburridos, de vidas tristes y más solitarias que la suya. No se sentía mal en ese lugar, entonces se daba el lujo de esperar una familia digna de admiración en lugar de hacer el esfuerzo por irse con cualquiera. Habían pasado casi cinco años, cuando una persona llegó al orfanato. Preguntó puntualmente por Alan Altamirano. El encuentro fue diferente a cualquier otro, se podría decir que casi mágico, porque este individuo conocía todas las películas de los sábados de acción al igual que él, le encantaba el helado de dulce de leche al igual que él y amaba jugar al fútbol, al igual que él.

**Capítulo II**

Marcos Ordoñez era un hombre de cuarenta y dos años de edad, quien cosechó una modesta fortuna a través de acciones ilegales ligadas principalmente al narco tráfico y la prostitución. Desde niño, fue inculcado en la materia por familiares que ejercieron la delincuencia desde el principio del árbol genealógico, sin embargo, él era el primero que logró atesorar una gran cantidad de dinero, tal vez suficiente, como para pensar que tenía una vida exitosa, suponiendo que es posible triunfar ejerciendo actividades ilegales.

Hace varios años, Marcos, acompañado de Cristian, su mejor amigo y socio de fechorías, mas media docena de maleantes a sus órdenes, fueron atacados yendo a Paraná desde Buenos Aires. Habían tomado un pequeño desvío hacia San Pedro para dejar algo de mercancía a un cliente de confianza. Mientras cargaban combustible en una estación de servicio, a los tres vehículos utilizados para transportar cocaína y una mujer raptada, una de las bandas rivales que les disputaba parte del territorio se hizo de fusiles automáticos y en grupo de cuatro, acribillaron sin piedad a sus enemigos. De manera increíble, Marcos sobrevivió tras la ráfaga de balas que abatió a todos sus camaradas y con su revolver favorito, respondió con gran puntería. Seis disparos dieron un saldo de tres malhechores muertos, el restante huyó. Marcos intento auxiliar a su mejor amigo, quien yacía desvanecido en el suelo, pero sólo alcanzó a escuchar el deseo implorado con el último aliento. Cristian le pedía encarecidamente la protección de su esposa e hijas. Marcos juró hacerlo, y consecuente, el hombre recostado murió. Cuando volvió a Buenos Aires, la desgracia lo conmovió al encontrar la esposa de su mejor amigo y sus dos hijas adolescentes muertas y violadas, el restante hijo de cuatro años escapó con algo de suerte metiéndose en un patio vecino. La banda rival intentó un ataque similar con su familia, pero su esposa y dos hijos, de veinte y diecisiete, lograron defenderse, asesinando dos delincuentes que intentaron colarse en su casa por la noche.

Luego de acomodar su vida, encontrar cierta estabilidad y asegurar la seguridad de su familia, Marcos decidió cumplir su juramento y rastreó el paradero del hijo de su difunto amigo. Pidiendo algunos favores y visitando diferentes establecimientos, por fin lo encontró. Los vecinos que lo resguardaron ese día fatal, habían llevado el niño sin demora a un orfanato. Marcos fue sin dudar al lugar y explicó sus argumentos para hacerse cargo del niño, que debía tener unos cinco años. Su cuestionable reputación y antecedentes negaron por completo la tenencia del niño. Marcos quedó devastado, pero era un hombre de cumplir promesas. En lugar de intentar emprolijar su estilo de vida, Marcos tenía otros planes. Así, tres años y algunos meses después, Marcos volvió al orfanato dispuesto a honrar su juramento. Esta vez, más sucio y cuestionable que antes. Gracias a la oferta de apadrinar el orfanato y la entrega de un auto de lujo para el director, dispuso de una entrevista con el niño. La afinidad surgió de inmediato. Alan, el hijo de su fallecido mejor amigo, continuaría su vida bajo la tutela de Marcos Ordoñez.

**Capítulo III**

El comienzo de esta nueva etapa fue algo extraño para Alan. Notaba con algo de confusión que su nueva familia se manejaba bajo códigos de amistad y respeto algo diferentes a los que el profetizaba. Quizás porque hacían daño a muchas personas, y se jactaban y regocijaban del sufrimiento que provocaban a terceros, sin embargo a él lo trataban de tan buena manera que cuanto menos, sembraban gran confusión en su joven mente. De repente sentía que sus héroes de acción favoritos no aprobarían ciertas acciones de su grupo familiar, porque estaban del lado sucio de la sociedad y en teoría deberían ser procesados y castigados por el sistema de justicia, al menos eso es lo que ocurría con los villanos que aparecían en la televisión. En una situación tan difícil de comprender, Alan tenía opiniones enfrentadas dentro de su cabeza. Por un lado, su familia y en especial su nuevo padre, eran geniales, así de simple. Todos lo trataban bien y siempre estaban pendientes de sus ocurrencias. Por otro lado, con el resto de las personas, Marcos era frío y tajante. Marina, su nueva mama, al igual que sus hermanos decían montones de malas palabras y en varias ocasiones los encontró batiéndose a fuerza de puños con los vecinos y cuanta persona se cruzara por su camino. Para colmo sus compañeros de escuela, mantenían distancia con él, porque eran advertidos por sus padres del peligroso contexto que lo rodeaba. Ante semejante embrollo mental, el niño intentaba encontrar la verdadera cara de sus tutores, preguntando y cuestionando, buscando respuestas. La realidad es que la mente de un niño de ocho o nueve años es fácil de influenciar. Una mansión como residencia, todos los juguetes que deseaba y toda la comida que pueda comer, eran mecanismos de manipulación suficientes, que sin esfuerzo lograban doblegar la voluntad de una mente inocente. La manera más fácil de cambiar a alguien, es lograr que deje de pensar, distraerlo para que su cerebro no genere cuestionamientos con aires de rebeldía e inteligencia. De esa manera, Alan compartía mucho tiempo con su nuevo padre, aunque no lo llamaba así. Marcos le explicó la historia del difunto padre biológico y le contó de su amistad, por lo tanto insistía que por respeto a su espíritu, usara su apellido. Además, le solicito que lo llamase tío o Marcos y no papá o cualquiera de sus sinónimos. Disfrutaban mucho juntos, por alguna razón congeniaban muy bien. Marcos estaba siempre presente. Claro que es fácil arrojar juicios de valor acerca de su persona o manera de ser, pero su calidad de padre era suficiente para desarrollar una autentica mueca de orgullo en la carita de Alan. Montones de actividades deportivas, videojuegos y televisión, forjaban una sonrisa de oreja a oreja en el pequeño, que sin lugar a dudas vivía felizmente, a pesar del oscuro contexto que rodeaba la silueta de su tío. Con el tiempo, la relación entre ambos se parecía mas a la de un discípulo absorbiendo todo el conocimiento que le brindaba su maestro, y a la edad de doce, con algo de sorpresa e incertidumbre Alan fue introducido en el noble y doloroso arte del combate. Las palabras de su tío fueron.

—Alan, tenés que aprender a defenderte, porque nunca sabes que peligros hay en el mundo.

El chico asintió sin pensar demasiado y comenzó a entrenarse regularmente, en ese momento sin darse cuenta de la visión de su tío. Era una realidad, los hijos de Marcos querían mucho a su padre, pero años de drogadicción, excesos y un estilo de vida callejero, debilitaron sus cuerpos y mentes. Marcos lo sabía, y entendía que ellos tenían el corazón bien puesto, pero no tenían la capacidad intelectual ni física para manejar o continuar el pequeño imperio delictivo que con tanto esfuerzo había logrado construir. Ahí entraba el pequeño Alan. Él sería el heredero, con un cuerpo poderoso y una mente ágil, ese era el plan.

**Capitulo IV**

Pasaron los años y Alan recibió su diploma de educación secundaria. Con dieciocho años, era alguien completamente diferente a los chicos que lo acompañaron en la etapa escolar. Cuando los hijos de ingenieros, doctores, empresarios y arquitectos, discutían que carrera universitaria seguir, tras graduarse en uno de los mejores colegios privados de San Isidro, Alan no pensaba en eso, porque hace años, había empezado una carrera. A su joven edad, era un hombre curtido. Lamentablemente, no se puede decir que era un hombre de respeto. Ante la mirada crítica de cualquier persona lógica, el peculiar estilo de vida del muchacho provocaba murmullos y chismes cada vez que se lo veía en público. Determinar si la maldad residía en él, es algo difícil. Tal vez porque en cierta forma, esa definición está sujeta al punto de vista de donde se lo mire. Definir el momento en que una persona pierde esa inocencia que le permite moverse con cierto escudo social a temprana edad, es más difícil aun. ¿Se trata de un convenio colectivo donde decidimos que a cierta edad uno deja de ser un niño y pasa a ser un adulto? ¿A partir de qué punto uno debe tomar responsabilidad de sus actos? Podríamos pensar que uno jamás pierde esa inocencia, porque todo está ligado a una ignorancia natural que llevamos a cuesta hasta el fin de los tiempos. De cualquier manera, enjuiciar a Alan sería complicado, al menos moralmente. Nadie hacía lo que él hacía, o mejor dicho nadie cuerdo, pero durante bastante tiempo practicó, perfeccionó sus habilidades y de esa manera el mundo, o mejor dicho parte del mundo, comenzó a reconocerlo como el campeón argentino de combate a muerte. "El tremendo", como era reconocido en los bajos fondos del país, debido al típico comentario del público al ver sus puños destrozar mandíbulas y cráneos con cierta facilidad, enorgullecía el corazón y la cuenta bancaria de su padre/tío. El que fue alguna vez un humilde proyecto de héroe justiciero, eligió utilizar su poder para la diversión de aquellos poderosos y malignos seres que celebraban un horrendo deporte que siempre estuvo presente en los oscuros rincones del mundo.

Alan, asistía al colegio como cualquier otro chico de su edad. Jugaba videojuegos y miraba los programas de televisión populares, como cualquier otro chico de su edad. Los fines de semana concurría ocasionalmente a bares y clubes nocturnos y de vez en cuando asistía a algún que otro recital de rock nacional o internacional. A la salida practicaba boxeo y artes marciales, algo menos común pero para nada extraño en chicos de su edad. Lo que hacía único a Alan y que no era algo común en chicos de su edad ni en cualquier individuo que piense en un futuro razonable y convencional, era asistir a combates a muerte en una arena de vergonzosa humanidad. Desde que salió del orfanato a los ocho años de edad y durante toda su adolescencia, entrenó sin parar, incluso sin saber bien los motivos para hacerlo. Ostentando un metro con ochenta de altura y con unos setenta kilogramos de peso, tenía una contextura más bien delgada, pero años de exigente rutina de ejercicios en el gimnasio, le daban un físico moldeado y lleno de marcados músculos en cada centímetro del cuerpo. La sorpresa llegaba por su capacidad de combate, más allá de los límites conocidos. Enfrentando rivales que superaban los dos metros y los ciento treinta kilogramos, artistas marciales que provenían del otro lado del globo y los mercenarios más desquiciados del ambiente; el hombrecito despertaba pasión en el público, venciendo un rival tras otro en luchas llenas de violencia y dolor, por consiguiente no tardó mucho en atraer la atención de managers, productores televisivos y líderes mafiosos de toda calaña.

La lucha o batalla más difícil y memorable de ellas, fue también la última. Para adquirir el título de campeón, debía batirse a duelo con Ariel "El terrible" Domínguez, un luchador de la misma cepa que Alan, incluso con un padre metido en sucios negocios. Decir que la lucha final fue la más difícil es correcto, pero vale aclarar ciertos puntos. El escenario y show ocurrió en un viejo tinglado que hacía de campo de deportes y gimnasia de un humilde colegio ubicado en Villa Lugano, cerca del autódromo de Buenos Aires. La concurrencia fue enorme y bulliciosos y exaltados los ánimos de los espectadores. La basura del hampa argentino se unía con gran algarabía para ver este reprobable espectáculo y desde el inicio de la velada, empujones y peleas entre Marcos Ordoñez y Alberto Domínguez, el padre de Ariel "El terrible", tomaban más seriedad a cada momento. Ambos disputaban con sangre, sudor y lágrimas los tugurios más rentables para sus negocios, por lo tanto la tensión se sentía en el aire y cualquiera podría decir que era cuestión de tiempo para que estalle todo el odio que se gestaba entre ambas partes. Hablando puntualmente del combate, se podría decir que fue una paliza. Suponiendo que todo fuera un deporte legal podríamos decir que la pelea en si fue fácil, solo un trámite. En cambio el contexto y la situación general, le dieron a Alan motivos para recordar bien esa noche. Bastaron de unos 30 segundos para que Ariel cayera al suelo convulsionando, luego de un impresionante rodillazo a la cabeza que Alan aplicó con gran técnica y puntería, tras un fallido y descuidado ataque de "El terrible". La gente deliraba ante semejante escena. La sangre abundaba y bañaba a aquellos que estaban cerca de la arena. Los gritos eran ensordecedores, hasta que Alberto socorrió entre lágrimas el cuerpo adueñado de espasmos involuntarios de su hijo. Alan solo se apartó y brazos en alto, se autoproclamó campeón, abrazado sinceramente por su tío. De repente el silencio se hizo notar, y los gritos de euforia se volvieron aullidos de terror y pánico, resonando agobiantes en el viejo tinglado. Alberto, parado junto al inerte cuerpo de su hijo, apuntaba su pistola hacia el campeón. Alan quedó petrificado mientras Marcos en un rápido movimiento lo cubría como un escudo humano dispuesto a recibir todos los disparos del mundo, en pos de proteger su amado tesoro. El eco del disparo retumbó poderoso en los oídos de todos los presentes. La sangre helada de Alan pareció derretirse de inmediato, comprobando el cuerpo de Marcos.

— ¡Tío, Tío! ¡¿Estas bien?!

Marcos estaba bien, Alan estaba bien y Alberto se desplomaba contra el piso, formando un charco de sangre negra que fluía sin parar de un enorme agujero en la cabeza. Todos los presentes giraron su cuello y posaron su mirada en Marina, certera y oportuna tiradora, quien declaraba ante todos que los Ordoñez no tenían competencia.

**Capítulo V**

Marcos y su familia habían obtenido una reputación que los colocaba en la cima de la sociedad criminalística argentina. Una reputación que solo se obtiene eliminando a los competidores y rivales, por supuesto, mediante actos violentos y brutales. Durante años lucharon por ese respeto y poder, a veces huyendo, a veces refugiándose y a veces al borde del deceso. Los beneficios de estar en la cima eran muchos, y todos representaban un flujo de dinero sucio, que entraba y salía de las arcas de los Ordoñez. De esa manera años atrás introdujeron al pequeño huérfano lenta, pero constantemente, en el mundo del crimen. Es lógico que un joven Alan, ahora adulto, sea un experimentado en aquellos artes relacionados a las malas acciones. El conocimiento del «idioma de las calles» y los negocios familiares le otorgaban un prometedor futuro dentro del ambiente criminal. Así se desarrolló la crianza del muchacho. El ritmo alocado y frenético de la familia, sirvieron de catalizador para que Alan tome actitudes menos heroicas, menos bondadosas y menos amables. Por el contrario, actitudes más soberbias, más agresivas y más frías, son las que envolvían la nueva forma de ser del muchacho. Es probable que su joven mente notara la falta de comunicación de su familia. De repente en los tiempos que corren, se puede pensar como algo normal, sin embargo la consecuencia es clara. Sin adentrarnos nuevamente en valores de bien y mal, podemos decir que un niño/adolescente, desarrollará una actitud libertina, con tintes violentos, por la falta de autoridad y disciplina. Obvio, que en una familia tradicional, el peligro y el debate familiar, se limita a jóvenes con actitudes contestadoras o rebeldes. Salidas tarde en la noche, tal vez alcohol y ocasionales riñas con competidores que anhelan la misma persona para un amorío juvenil, por dar tan solo algunos ejemplos. El foco en este caso, es posar la mirada, no solo en Alan, sino en su núcleo familiar y todo el contexto que ello conlleva. La riqueza es engañosa, y alienta a la mayoría a creerse más que los demás. El razonamiento es simple, el dinero es valioso, pero el valor de la vida humana no se mide en dinero. Si una persona no entiende esto, vivirá engañándose a sí misma, prefiriendo pregonar una manera de ser arrogante y altanera, con toques más o menos agresivos de acuerdo al nivel de capacitación y status social.

Durante años, el salvaje y desquiciado estilo de vida de toda la familia, mantenía un ritmo que no los dejaba ver más allá de aquellas satisfacciones vulgares y placeres instantáneos tan abundantes en nuestra sociedad moderna. Marcos, solo pensaba en cómo aumentar una riqueza sin necesidad real de más dinero y su esposa e hijos vivían perdidos en una adicción a las drogas que los despojaba de su capacidad para pensar. Algo no muy diferente ocurría con Alan. El joven muchacho que alguna vez fue el héroe y modelo a seguir de los niños en el orfanato, había perdido totalmente el camino. Con veintiocho años, el nivel de castigo físico de su cuerpo, el abuso de analgésicos y una fortuna que utilizaba casi exclusivamente, para despertar cada día con una prostituta diferente, dejaban como saldo un hombre destruido. El retiro del combate fue recomendado por su tío, con el justificativo de resguardar su seguridad. No por las lesiones de pelea, después de todo Alan se retiró invicto. Apartarse del oscuro mundo del espectáculo era sugerido por Marcos porque la «fama» adquirida, sembraba odio y amenazas que se volvieron ataques furtivos contra él y su familia. En un ambiente donde las personas solo buscan ganar dinero sin importar como, era solo cuestión de tiempo para que las miradas envidiosas con ojos llenos de maldad intenten arrebatarle todo.

Era natural en Alan hacer oídos sordos de cualquier recomendación. Sus años de recuerdos como campeón invicto, le aseguraban a su loca cabeza que no existía verdad, en otras palabras más que las suyas. Vivía en un hermoso departamento de grandes dimensiones, en un bello complejo de torres-edificio ubicado en Puerto Madero. Seguía ligado a su tío y el negocio familiar, realizando los trabajos importantes y las cobranzas grandes. Su actitud vanidosa lo obligaba a salir a pasear todos los días con uno de los diez autos que poseía. Esas actitudes lo colocaban como un blanco fácil, pero su locura lo hacía sentir inmortal y disfrutaba afanándose de su poder, era normal verlo con ese súper deportivo alemán ostentando en cada semáforo de la Avenida 9 de julio o esquivando el tránsito a toda velocidad por Avenida Libertador. Le encantaba también pasear, con esa ridículamente grande camioneta estadounidense por las zonas más precarias de todo el gran Buenos Aires. Lo hacía plácidamente y regularmente recibía ataques de todo tipo, que el mismo provocaba y respondía con gusto derrochando balaceras de su arsenal privado, creando más de una crónica policial, de esas que salen en todos los diarios y noticieros televisivos.

**Capítulo VI**

El tiempo transcurrió y un destino sin sorpresas, que incluso aparentaba obvio se hizo realidad. Marcos, su esposa y sus dos hijos fueron asesinados, descuartizados e incinerados. Sus cenizas nunca fueron encontradas, solo algunos remanentes en la parrilla familiar. Un grafiti con la leyenda: «sos el ke sige» fue encontrado por Alan, escrito con sangre (¿De sus familiares tal vez?) en su camioneta favorita. Como era normal en él, hizo caso omiso a las amenazas. Es bueno saber que lloró y enlutó con sinceridad cuando supo del cruel destino de su familia. Eso indicaba que algo de humanidad aun residía en ese individuo, incluso cuando era poseedor de un registro que incluía probablemente un centenar de víctimas fatales, directa e indirectamente.

Determinar cuál es la manera apropiada de reaccionar ante la tragedia, es de seguro una tarea complicada. Hasta el más sensato de los seres humanos, cede su frialdad calculadora ante el dolor de una perdida afectiva. Siempre hay excepciones y no se puede catalogar a una persona como mala, por no llorar o echar de menos un lazo sentimental roto. Quizás porque hay quienes eligen combatir y resistir ante el sufrimiento, evitando lagrimas por temor a convertirse en seres débiles, no merecedores de orgullo por parte de sus seres queridos caídos. Aun así, dentro de la búsqueda de soluciones o caminos a elegir tras la muerte de un allegado, se podría decir que elegir la venganza como remedio para el dolor, es por lo menos cuestionable. Por desgracia o tal vez no, esa fue la elección de Alan.

Poco tiempo después del horrendo hecho que azoto su vida, Alan decidió recuperar lo que su querido tío había construido. El nuevo jefe criminal (quien le quitó su familia y que no conocía) se instaló en la casa de sus padres (su ex casa) después de asesinarlos, y por lo tanto se adueñó de todo el negocio de drogas y prostitución que les pertenecía. Después de años de perdición, vida desenfrenada y sin rumbo, había un destino que llamaba a su puerta. La misión principal de Alan, era asegurar sus pertenencias y también todo su negocio. Su tío era el jefe, y como el sucesor, era su derecho, su deber, ser el nuevo cabecilla. Sabía que necesitaba moverse de manera inteligente, porque de momento, intentar asestar un simple y directo ataque contra el malvado asesino, era algo demasiado riesgoso, por no decir suicida. Se hablaba en las calles, de un gran clan formado alrededor de este sujeto, que moviendo hilos rápidamente, logro tener el control de las actividades ilegales de la ciudad. Se notaba que se había tejido un plan bien ejecutado y pensado, no solo un ataque aislado e improvisado por un pequeño grupo de aspirantes a maleantes de alto nivel. Así fue como Alan, siguiendo las reglas del juego, comenzaría a moverse con el claro objetivo de llegar al responsable de la muerte de su familia, cumplir con la correspondiente venganza, recuperar el negocio y establecer su mandato y legado. No tardó mucho en recorrer todos los lugares de influencia y cobranza, que el bien conocía, para recordar a todo el mundo que " El tremendo" estaba más presente que nunca y decidido a demostrar quien mandaba.

La marcación de territorio iba muy bien, en un solo día la recaudación de sobornos por protección alcanzó la excelente cifra de siete pagos sin objeciones. Tres pizzerías en Avenida Corrientes, dos cotillones en el barrio de Once, una casa de celulares en Constitución y una visita al decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, lograron acrecentar el auto respeto de Alan y la confianza en su misión.

Había, sin embargo, una clara diferencia entre el estilo de Marcos y el de Alan. El nuevo periodo de expansión y conquista se limitaba a trabajos puntuales de chantaje y extorsión, dejando de lado el negocio de los narcóticos y el sexo, aunque realizados y dispuestos de manera tal que la rentabilidad era óptima. Una docena de soldados con experiencia fieles, lo reconocían como el líder indiscutido y un mini ejercito de lacayos novatos trabajaba sin poner en duda la obediencia a "El tremendo". El negocio marchaba mejor de lo que esperaba a pesar del fallecimiento de su tío Marcos, y pronto todos se iban a enterar. Estaba decidido, la vuelta al poder y a la cima, estaban más cerca que nunca.

**Capitulo VII**

Poco después, cuando Alan creyó que su estado físico y mental, eran los apropiados para asestar el golpe final y echar el bandido que asesinó a su familia de su casa, recibió un duro golpe. Volvía a casa como era normal después de amedrentar a martillazos a un pequeño grupo de irrespetuosos aspirantes a mafiosos, cuando notó que las cámaras de televisión y la policía merodeaban por la zona. Era extraño porque sabía manejar bien ese tipo de relaciones, tirando hilos aquí y allá mantenía las autoridades fuera de sus asuntos. El problema era otro y se dio cuenta de ello cuando notó el humo negro a lo lejos. Su lujoso hogar era un caos. Todo mueble fue destrozado, todas las prendas en el armario desgarradas y todo mosaico y baldosa quebrado a mazazos. Algún fuego menor aún era manejado por los bomberos en la colección de autos, completamente perdida, derramando plástico derretido sobre el suelo y diseminando ceniza por todos lados. Los tres guardias personales que custodiaban fueron hallados diseminados por el lugar con respectivos disparos en la cabeza y pecho. Gran parte de su dinero se fue junto con la caja fuerte que guardaba en su habitación. Las cosas se habían complicado. Debido a su reputación, no pudo hacer muchos reclamos. Está claro que su patrimonio había mermado bruscamente. Todavía guardaba algo de dinero aquí y allá y disponía del bello deportivo alemán para transportarse. La rabia lo dominaba.

— ¡Hijos de puta! ¡¿En serio creen que pueden joder conmigo?! ¡Hijos de puta!¡Hijos de...

Alan gritaba sin parar, sin pensar. A los cuatro vientos su voz desgarrada hacía voltear la mirada de todos los presentes. Autoridades de la ley, periodistas, médicos y algún que otro fisgón que merodeaba por ahí. Quizás, la actitud de demente poseído por la ira, no daba una buena imagen a las bellas turistas rusas que justo cruzaban por ahí, sacando morbosas fotos de los cadáveres de los guardias, pero ¿A quién carajo le importa, verdad? Mientras las maldiciones disminuían y la furia aumentaba, Alan se dispuso a correr hacia su bello deportivo. Sin dudarlo puso rumbo a la casa de sus padres. Acabaría con cualquiera que se cruce en su camino y al mafioso que mató a su familia, lo descuartizaría e incineraría. Ahora la misión de venganza estaba activada y no había tiempo de planear nada ¿Para qué? ¿Si lo único que necesitaba era la cabeza del hijo de puta que mató a su familia estocada en un gran tenedor de asador? No tardó mucho en llegar, destrozó las barreras que hacían de entrada al barrio privado, el pedal a fondo mantuvo su postura casi todo el tiempo. Llegó a la casa, una tradicional pero lujosa construcción, tomo la ametralladora que le regalo su difunto tío y sin titubear, tras un sigiloso rodeo, pateó y derribó la puerta trasera. Buscó y buscó, pero nadie aparecía para recibir sus balazos. El dedo sobre el gatillo pedía por favor que algún hijo de puta se apareciera, pero no hubo caso. Parecía que nadie estaba ahí, y la soledad se volvió tan evidente que el mismo frenético hombre bajo su pulso. Su sed de sangre comenzó a decaer, su corazón aminoro el ritmo. Por un momento, su cerebro logró razonar y la serenidad le permitió ver que su ataque vengativo, era un pésimo plan, muy fácil de leer. Sus enemigos no estaban ahí. El asalto que suponía el fin y culminación de la misión se convirtió en frustración total. Rendido, mirando el piso con gestos de decepción, caminaba de vuelta hacia el auto, arma en mano, cuando seis patrulleros a toda velocidad arribaron. Confirmado, era un plan de mierda. Derrapando, posicionaron sus vehículos alrededor del veloz auto de Alan y unos veinte oficiales de la ley, dispusieron posición de ataque. Ya no había escapatoria. Claro, al menos no una pacífica. El impulso de adrenalina volvió, desatando una furia violenta. Sin buscar cobertura ni resguardo, Alan desató una ráfaga de balas sobre todo el lugar. El metal y los vidrios de los autos saltaban por los aires, rápidamente media docena de cuerpos yacían sin vida, víctima de balazos mortales. El entrenamiento policial, dejó ver su espíritu en los oficiales que lograron ponerse a cubierto. La ametralladora cayó cuando no encontró munición disponible. Ahora sí, el desquiciado pistolero puso una actitud defensiva y corrió hacia un grupo de arbustos, que lo escondían visualmente, pero que aún lo dejaba expuesto a los disparos. En voz alta se le advirtió al acorralado tirador que cese el fuego y que se rinda, porque estaba rodeado. Un momento de silencio y un suspiro, le sirvieron de consideración mientras permanecía atrincherado. No había sentido en obedecer esa orden. Su familia no sería vengada estando él en la cárcel. La munición de su arma automática se había acabado, pero aún le quedaba su revolver de la suerte. Una enorme balacera no era opción, esta vez debía disparar con certeza e intentar llegar hasta su coche. Una respiración profunda y un pequeño «flashback» con imágenes de su sonriente tío, sirvieron de preparación para lo que iba a acontecer. Sin producir aviso, salió de su escondite disparando la ronda de seis disparos disponible en el tambor. Al mismo tiempo, una ráfaga de disparos provenía de las pistolas de los uniformados que contestaban los poderosos tiros del revólver, con menos escandalosos pero igual de letales disparos. Un policía muerto y otro herido se sumaron al saldo negativo de agentes. Era una nueva y horrible sensación para "El tremendo". Su hombro derecho sangraba, al igual que su brazo izquierdo, al mismo tiempo su abdomen se convirtió en el nuevo hogar de tres pequeños fragmentos de metal. Jamás había recibido un disparo, algo extraño para alguien con su estilo de vida. No era el momento de ponerse a pensar en ello, al menos no de inmediato. Sus piernas siguieron moviéndose y con gran esfuerzo, debajo de una lluvia de balas, logró subirse al vehículo. El escandaloso motor vibró erogando revoluciones por minuto, la hermosa carrocería amarilla se decoraba con agujeros cuando los abundantes caballos de fuerza expulsaron como una catapulta el auto, chocando y destruyendo la óptica derecha y gran parte del parachoques contra uno de los patrulleros que obstruía la vía de escape. Logró abrirse paso al mismo tiempo que uno de los neumáticos traseros era reventado a balazos, dejando parte de la tracción a cargo de llantas de aluminio al rojo vivo. Sin caucho, los chispazos abundaban y la carrocería ya no era hermosa. Las butacas de cuero, la alcántara del tablero y los tecnológicos comandos, se bañaban en ríos de sangre, pero milagrosamente el motor no cedía poder ante los daños. Escapando del rango policial, los disparos cesaron, para dar paso a oficiales en modo persecución. Los chirriantes sonidos de los neumáticos derrapando se hacían escuchar por todo el tranquilo barrio. De igual manera que al llegar, la barrera voló en pedazos ante los esfuerzos sin esperanza de los vigilantes desarmados. Alan, a pesar de las terribles heridas, presionó a fondo el pedal y pudo sacar una buena ventaja de los patrulleros, incluso despedazado, el deportivo justificaba su estratosférico precio (que Alan nunca pagó) mientras escapaba sin mirar atrás.

El dolor que había ignorado hasta ahora, aumentaba a cada segundo haciéndose insoportable. Un charco de sangre bañaba el asiento, el piso y los pedales. Alan sabía que necesitaba atención médica si deseaba sobrevivir, pero parar en un hospital significaba sacar un boleto de estadía permanente en prisión. Sin mucho que hacer, el destartalado auto bajo su ritmo, poco a poco al igual que la lucidez mental de su piloto. Ni siquiera sabía a donde se dirigía, el volante guiado por sus sentidos lo llevaba a girar sin rumbo en cada calle que por alguna razón lo hacía sentir mejor. Finalmente el negro inconsciente se apoderó de su cuerpo y el herido auto y su piloto se detuvieron debajo de una linda arboleda donde tal vez descansaría en paz.

**Capitulo VIII**

Un terrible y agudo dolor, hizo dar cuenta a Alan, que estaba recostado en una cama. Eso le llamó la atención, aun con un estruendo que sacudía y hacía eco permanentemente en su cabeza notó que no estaba en una camilla de hospital, aunque si había suero. No veía paredes pintadas de blanco ni otros pacientes, pero si había una intravenosa en su brazo. Momentos de confusión y una muy pequeña sensación que le sugería algo familiar, agobiaban los sentidos de Alan, hasta que cayó dormido nuevamente. Sin noción del tiempo, oía una voz que pronunciaba su nombre repetidas veces, eso lo despertó de un pesado sueño. Una señora de unos sesenta años lo llamaba y preguntaba acerca de su salud. Un ligero gemido fue lo único que pudo pronunciar, de todas maneras dio a entender que estaba mejor, aunque no mucho. Esta vez despierto, pero incapaz de hablar sin titánico esfuerzo, el paciente veía como esta mujer lo ayudaba a recuperarse. Sin tubos saliendo de su cuerpo, la mujer lo alimentó, aseó, acomodó y acompañó, sin pronunciar más palabras que alguna indicación u orden durante tres días. Con una notable mejoría, Alan comenzó a hablar curiosamente para obtener información de su cuidadora.

Resulta que durante dos meses estuvo recuperándose de sus heridas de bala, inconsciente todo ese tiempo, recibió la noticia con sorpresa. Quizás casualidad, quizás no, el herido hombre desfalleció a pocos metros del que alguna vez, fue su hogar. El viejo orfanato donde paso muchos años de su vida albergaba y recibía nuevamente al lesionado hombre, que se fue como un héroe y hoy lo encontraba como una bestia herida por el pecado. La mujer se llamaba Mabel, le explicó que las puertas del orfanato siempre estaban abiertas para aquellos que alguna vez durmieron en sus habitaciones, porque no tenían otro lugar a donde ir. También le explicó que su tío apadrinó hasta el día de su muerte el lugar, brindando una cocina moderna, sistema de calefacción y montones de comodidades más. Le contó, que el director actual del orfanato, era hijo del anterior director que vio partir al joven Alan hacía muchos años, y que dispuso de un médico privado y confidencial para que lo cuide. El sorprendido paciente, pensó brevemente y preguntó cómo sabían que era ese niño que se fue hace muchos años de ahí. La señora le explicó que lo reconoció porque ella trabajaba en el orfanato y cuidaba de él hace unos treinta años. Además Marcos solía visitar el orfanato y le solía mostrar orgulloso fotos de Alan. Palabras de agradecimiento desbordaban la boca del convaleciente y promesas de eterna deuda surgían de su alma para una mujer que le aseguraba humildemente, que solo hacía su deber.

Tras unos pocos días de reposo, Alan pudo pararse y caminar. Ahora debía pensar como seguiría su vida, pensar que debía hacer, pensar como continuar. El director le permitió quedarse un tiempo más, hasta que encontrara sus respuestas. Fue llamativo notar que gran cantidad de niños y niñas jugaban y reían por todo el edificio. La estructura del orfanato había crecido mucho desde la última vez que lo albergó. El nuevo complejo permitía una planta baja albergando los huérfanos y un nivel superior con salas dispuestas a educación y entretenimiento. Encima de todo, un tercer piso que contenía las habitaciones de los cuidadores y la sala donde estuvo hospedado Alan durante el último tiempo. Pronto, la atención de un deambulatorio y recuperado paciente, se posaron en la rutina de la mujer que tan atentamente, lo cuido antes y ahora. Tal mujer, disponía horas y horas de su día, entrando y saliendo de una de las habitaciones del nivel superior, justo al lado del lugar donde él se recuperó. No la había notado anteriormente, con curiosidad, golpeó y pidió permiso para entrar. La voz de la mujer le dio aviso de paso. Al entrar recibió la orden de silencio y cuidado. Un equipo médico convencional, como el que lo ayudó a recuperarse, estaba unido al débil cuerpo de una mujer. Dicha mujer, recostada boca arriba, dormía plácidamente vistiendo una túnica de hospital. La particularidad era que su rostro de rasgos gentiles, incluso bellos y su cuerpo de proporciones regulares, hacían más notable la falta de los cuatro miembros que generalmente posee cualquier humano. Alan se acercó lenta y cuidadosamente, mientras la señora controlaba varios instrumentos. El hombre focalizo su mirada en el pecho de la paciente, donde un familiar collar de oro, robo su atención. «Melisa», dijo en voz alta, a lo que la mujer contestó agradablemente sorprendida.

— ¡Ah! ¿Te acordas de ella?

La muchacha, un año menor que Alan, fue castigada sin razón por un destino que la impedía valerse por sí misma desde el momento en que nació. Abandonada en la puerta del orfanato, con pocos días de vida, fue cuidada por Mabel toda su vida. Nunca fue adoptada, ni visitada por nadie. Una terrible enfermedad en la sangre, le impedía pensar con la agilidad y rapidez que es normal en cualquier persona y debilitaba su salud, a menos que reciba una dosis semanal de un medicamento especial. Durante años, el padrinazgo de Marcos le permitió subsistir, pero su muerte, provocó la falta del insumo, que para suerte de Mabel y Melisa, costaba una cantidad de dinero muy difícil de costear. Era cuestión de días, tal vez un par de semanas para que Melisa, deje de existir.

Alan, enterado de la situación, pensó, reflexionó y también lloró. Su mente desesperaba, intentando justificar o entender semejante destino. Él, que siempre creyó que su vida había sido un desafío, al haber crecido sin sus verdaderos progenitores por un desgraciado incidente; ahora admitía desconsolado que el sufrimiento que alguna vez pensó que sentía, era absolutamente insignificante comparado con la vida de alguien que durante toda su existencia ha necesitado sí o sí de otra persona para sobrevivir. Dentro del corazón, en lo más profundo de su ser, un sentimiento familiar comenzaba a florecer. En más de una ocasión, a veces ayudado por una generosa dosis de whisky escoces, Alan reflexionó acerca de su mundo, buscando respuestas a los cuestionamientos de una vida criminal ostentosa. Fueron varias las oportunidades para arrepentirse de los actos que dañaban a personas inocentes, pero nunca lo hizo. Seguramente por debilidad, se decía a sí mismo, durante esas largas noches etílicas. Claro está, arrepentirse y admitir la culpa, es algo que solo aquellos fuertes pueden lograr. Son dignos de admiración o al menos de genuino perdón, aquellos que intentan de corazón enmendar las cosas. Era una realidad, Alan jamás ocupo ninguno de estos lugares y quien sabe, tal vez esa era la razón por la que estaba completamente solo. Queda a disposición del juicio de cada uno, creer si una persona merece otra oportunidad en la vida. No creo que existan razones suficientes para que alguien no sea digno de perdón, por más horrendos que hayan sido sus actos. Sin embargo, el odio y el rencor son normales y no se puede culpar a nadie por ello.

Como un subidón de energía vital que purgaba el alma de Alan, un viejo pero conocido sentido de justicia se apoderaba de su accionar. Las cosas debían cambiar, era el momento. Con la poca cordialidad y grosera manera de dirigirse a las personas que lo caracterizaba, se dirigió a la mujer mayor y dijo.

—Mabel, voy a encargarme de la medicina de Melisa. Decime cuánto dinero necesitas.

—Disculpa querido, pero conseguir el medicamento no es tan fácil—contestó ella.

Preso de una maldita casualidad, Alan se enteró en poco tiempo que el dichoso medicamento, no se conseguía con facilidad en una farmacia o mediante un médico. Una larga maldición surgió con un grito, cuando nuestro justiciero se enteró que un solo lugar en toda Argentina producía el bendito remedio. El viejo laboratorio de su difunto tío, producía enormes cantidades de drogas sintéticas, destinadas mayormente a exportación. En el mismo edificio, una de las recetas preparadas, era una pequeña inyección, que ayudaba a vivir a una joven mujer, por lo menos por un tiempo. El nuevo dueño, verdugo del tan querido tío Ordoñez, cambió la producción del lugar, dejando de lado esas refinadas píldoras tan solicitadas por los festivales de electrónica europeos, dando espacio a una enorme cantidad de porquerías polvosas que destruyen los cerebros de los adolescentes argentinos más vulnerables. Por maldito e innecesario odio, el nuevo dueño quitó del programa, la receta del medicamento de Melisa, provocando la terrible agonía de la inocente chica y la poderosa furia de "El tremendo".

**Capitulo IX**

Era el momento, Alan lo sabía muy bien. No existía fuerza en el mundo capaz de hacerlo reconsiderar. La misión nuevamente era simple y clara, acabar con el matón que le arrebató su familia y recuperar el laboratorio de drogas. Durante años lloró el cruel destino de sus padres y anheló sin cesar la oportunidad de ejercer venganza. La realidad era clara, la vida lo encontraba en un pésimo momento. Su físico, alguna vez una precisa y poderosa máquina de combate, se encontraba en un estado deplorable, tras años y años de excesos y falta de entrenamiento. Su mente, una inmensa maraña de contradicciones, insensateces y dudas. Tal vez su corazón era lo único que lo motivaba a seguir, bombeando un fuego interior que le ordenaba ayudar a la joven mujer agonizante y vigorizaba cada fibra de su ser, ignorando las falencias de su cuerpo y mente. Nada importaba ya, el miedo a ser superado por semejante tarea, solo le servía para estar más atento y concentrado.

Una lágrima casi es derramada al ver con sus propios ojos su colección de vehículos envueltos en negro hollín y grisácea ceniza, todavía abandonados en un depósito municipal. No era menor la tristeza al ver su antiguo departamento, ahora un triste paño en blanco con un cartel de alquiler dispuesto en el balcón. Sin demorarse más hundido en la bronca, puso marcha hacia una de las casillas ubicadas en el corazón de la Villa 31, donde un antiguo compañero de confianza lo esperaba. Llegó sin obstáculos a bordo de una scooter que amablemente le prestaron en el orfanato. Dentro de una heladera vieja, un doble fondo le permitía acceder a un puñado de dinero y un pequeño arsenal privado. El dueño de casa, un hombre jubilado que solía trabajar con el tío Marcos y que conocía bien a Alan desde que era un niño, le brindo un celular, cigarrillos y una navaja suiza, además de algunas herramientas de ferretería. Tras un gesto de amable agradecimiento, el aspirante a héroe se dispuso a continuar su camino.

Ceremonialmente, Alan fue a caminar a los bosques de Palermo, pensante, reflexivo, tramando en su cabeza como iba a llegar hasta el bandido que debía morir. La sombra y la brisa entre los árboles se sentían tan bien que las horas pasaban, el sol comenzaba a esconderse rojo entre la arboleda. Un rápido y furioso vibrar del celular, lo volvió a la realidad. Se podría decir que una buena noticia llegó a sus oídos. El enemigo estaría toda la noche en la conocida casa donde alguna vez intento atacar, festejando el cumpleaños de uno de sus hijos. Envuelto por un impulso de venganza total, Alan encendió la pequeña motocicleta, cargó la mochila llena de insumos preparados para el crimen y puso rumbo al bonito barrio privado, el cual alguna vez fue su hogar y alguna otra vez, su campo de batalla.

Fue un disgusto ver guardias fuertemente armados custodiando el lugar. De todas maneras, desde un principio el plan era diferente a la última vez. Esta vez, la mente fría le aconsejaba una misión sigilosa. El conocía muy bien el lugar y dando un pequeño rodeo perimetral, acudió a cortar el alambrado de la cerca, en un punto sin cámaras de seguridad, según había estudiado. Terminada la faena, arrojó las tenazas utilizadas en unos matorrales altos, donde también abandonó la scooter medio hundida en una canaleta de agua estancada. Su sentido de orientación, le indicaba que debía caminar unos quinientos metros en una sola dirección, siempre cuidando de que nadie lo vea. No había rastros de nervios ni titubeos en el andar de Alan. Mientras se acercaba, su mente estaba concentrada en cumplir el objetivo y así salvar a Melisa y honrar la muerte de su familia. Casi llegaba, el silencio y tranquilidad habitual del barrio, se interrumpía cada vez más por música irresponsablemente fuerte y carcajadas escandalosas. El infiltrado hombre, trepó un viejo árbol que conocía de antes y obtuvo un buen puesto vigilante para planear el asalto final. Desde el atalaya, se podía apreciar unos treinta o cuarenta automóviles de todo tipo, dispuestos en las pequeñas calles uno tras otro como si fuera un desfile. El patio delantero y trasero colmado de personas riendo y bromeando entre sí, alrededor de una pista de baile con DJ y barra de tragos. Finalmente, tres camionetas pick-up de la policía ubicadas estratégicamente patrullaban el evento que como notó Alan, era algo grande. Una prolija camisa a cuadros, jean, zapatillas y un bonito reloj, le permitieron mezclarse entre la gente sin mayores problemas. Los invitados eran en general, gente conocida de la escuela del cumpleañero y algunos amigos de la familia. El riesgo de ser reconocido por aquellos que tal vez recuerden alguna batalla de "El tremendo" era escaso. Rápidamente buscó su objetivo pero no hubo éxito. Dispuso entrar en la casa para seguir buscando. El panorama era similar dentro, solo que en lugar de adultos, montones de niños corrían alegremente por todos lados, jugando a la escondida o a policías y ladrones o a la guerra. Por fin, Alan divisó su objetivo y una enorme sorpresa lo sacudió en los cimientos de su cuerpo. Consideró por un momento que el stress le jugaba una sucia ilusión. No podía creer lo que veía, o más bien no quería creerlo. El niño cumpleañero abrazaba feliz y agradecía la mejor fiesta de cumpleaños de la historia a su padre, Ariel "El terrible" Domínguez, asesino de los Ordoñez, ex luchador de combate a muerte y mafioso líder del país. Una mezcla de miedo, shock e impacto visual atacaron sus sentidos. Sin entender porque, Alan salió del lugar, empujando y chocando desesperadamente contra toda persona que se atraviese, corrió como pudo hasta el árbol vigía, donde vomitó sin parar todo lo que hubiera dentro de su estómago. Mirando perdidamente el suelo al lado de su vómito, Alan pensaba, procesaba intentando asimilar la situación. Había algo que no cuadraba. En cualquier situación similar, hubiera sacado su pistola y vaciado el cargador en el infeliz que sea su enemigo, sin importarle las personas que haya o los policías que merodeen la zona. El problema radicaba en el niño que le recordaba a un pequeño huérfano que soñaba con un mundo feliz hace unos treinta años. Un poderoso sentimiento desconocido agobiaba sus sentidos y lo mantenía paralizado. Una especie de sensación de culpa, pero que surgía antes de hacer algo malo. Quizás si asesinaba a ese individuo, su tristeza y soledad no iban a cambiar, solo destruirían el mundo de ese niño, tal como unos maleantes destruyeron el mundo de un pequeño niño hacía más de treinta años. Era inútil, Alan sabía que no había caso, las cosas debían cambiar y Melisa necesitaba ser salvada, pero destruir una familia era un precio que no estaba dispuesto a pagar. Mientras se recomponía arrodillado junto al árbol dispuesto a abandonar el lugar, una voz grave lo despabiló.

—Señor, disculpe señor ¡Señor!

Alan giró su cuerpo para notar que dos hombres armados de uniformes azules lo llamaban. Se le indicó que aguarde en el lugar, porque el dueño de la casa, iba a identificarlo como un invitado o un intruso. El pánico se notaba en el rostro de Alan y esto hacia crecer la tensión de los policías. Le recomendaron con tono firme que se calmara y no causara problemas. Era tarde, una frenética galería de imágenes se mostraba otra vez fervientemente en la mente del hombre arrodillado. En ella un terrible accidente de tránsito, niños jugando alegremente en una vieja casona, un amable hombre que lo ayudaba a entrenar, sangre y sudor encima de un ring y una joven muchacha sin brazos ni piernas durmiendo relajada, se mezclaban con sensaciones de dolor y placer, de felicidad y tragedia. El frio y calculador temple de Alan se desvaneció por completo cuando entre los policías, la voz de Ariel Domínguez pronunció:

— ¿Qué sucede oficiales? ¿Hay algún problema?

Terminada la pregunta los ojos de Ariel se posaron en el rostro tembloroso de Alan.

— ¿Conoce a este hombre, señor? —preguntó uno de los uniformados.

De repente sin previo aviso, el hombre que había estado arrodillado en todo momento, envió un puñetazo directo al rostro del policía interrogador, con una técnica de gancho ascendente. El otro policía intento desenfundar su arma de inmediato, pero con un veloz movimiento como en sus épocas doradas de combate, Alan tomó con sus brazos la muñeca del adversario y presionando en un punto crucial de la articulación, hizo caer el arma al piso. Giró el brazo a una posición dolorosa y realizando una zancadilla en conjunto a un fuerte golpe al pecho con su mano, hizo caer al policía de espalda, inmovilizándolo suficiente tiempo como para emprender una veloz huida. Corriendo de manera desaforada, Alan alcanzó a ver sobre sus hombros a alguien que lo perseguía. El maldito asesino de su familia seguía su paso veloz como un perro de caza. Finalmente un tacle a las piernas, hizo cesar la persecución. En una gran porción de verde césped rodeada de imponentes cedros, Alan y Ariel se enfrentaban por segunda vez.

—Pensé que estabas muerto—disparó Alan—. Te vi tirado en el piso y no te movías—agregó.

— ¡Ah, pensaste! Ahí está tu error, pensar no es tu fuerte—contestó Ariel agresivamente.

—Dejame ir. No quiero problemas. No te voy a joder más. Volvé a tu fiesta—negoció Alan.

—Pero si estas acá. Eso significa que estás buscando problemas. Ahora te voy a meter a la cárcel, así no rompes las pelotas a nadie.

En ese momento, dos de los tres patrulleros arribaron y seis policías bajaron a ejercer la fuerza de la ley sobre Alan. Los dos que fueron atacados anteriormente, se abalanzaron sobre Alan y maldiciendo y refunfuñando lo golpearon con sus propias manos. Un puñetazo al estómago hizo caer al rodeado hombre, que a continuación recibió una seguidilla de patadas y puntapiés a las costillas. Ambos policías se dieron vuelta y ordenaron a los demás que se lo lleven al calabozo. Sin embargo, había algo que los agentes no sabían. El hombre tirado en el suelo fue alguna vez el campeón argentino de combate a muerte y junto a su tío llegó a la cima de la sociedad criminal argentina. Hasta ese momento nadie se molestó en revisar al acusado, tal vez porque pensaron que era solo un ebrio problemático colado en la fiesta. Sin dudarlo, cautivado por una furia imponente, Alan desenfundó una de sus dos pistolas y con fría puntería, rodilla al piso, desató una balacera fugaz, acabando con todos los policías que intentaban en vano ponerse a cubierto en el descampado y limpio césped. El cañón del arma respiraba humo a través del acero al rojo vivo y los casquillos de balas estaban regados por todo el pasto. El único sobreviviente, Ariel, logró correr horrorizado escapando solamente porque no fue blanco de los disparos. Alan se puso de pie, dejó caer el arma y reflexionó un momento. No quería más problemas, solo quería marcharse sin molestar, pero todo parecía indicar que no podía tener paz. Quizás todos sus malos hábitos en el pasado finalmente debían ser pagados por divino capricho. La frustración lo gobernaba y dejó de pensar, tal vez porque las cosas son más fáciles de esa manera. Solo caminó tranquilamente en la misma dirección que Ariel. Sacó su otra pistola e imploró a los cielos que pase lo que pase, pueda ser perdonado.

**Capitulo X**

Ariel llegó cubierto de sudor frío a la fiesta de cumpleaños de su hijo. Su pálida imagen y algo de pasto en su camisa y pantalón provocaron un pequeño interrogatorio por parte de su mujer y parientes más cercanos. Pronto, recuperando la compostura, el hombre comenzó a relatar lo sucedido. Los policías que habían quedado custodiando el lugar, escucharon los disparos y llamaron refuerzos. Las sirenas se escuchaban a lo lejos cuando un grupo de cuatro hombres de la seguridad privada se acercaron a la casa, también alertados por los disparos.

Un agudo y desgarrador grito de mujer procurado por la esposa de Ariel, hizo retroceder a todo el mundo buscando refugio, al ver entre las sombras un individuo que se acercaba caminando con tranquilidad arma en mano. La imagen era la de un espectro, como si un cascaron vacío fuera lo único que quedaba de ese hombre. Los policías corrieron y dispusieron posición de tiro, ordenando al sujeto que arroje el arma. Sin cambiar la postura, el brazo del tirador se levantó recto y firme y ejecutó un disparo justo, esparciendo sangre y materia gris de la cabeza de uno de los policías por toda la pared de la casa. Sin perder tiempo, el otro oficial disparó hiriendo el hombro derecho de Alan, quien cambiando de objetivo sin inmutarse disparo nuevamente con el mismo resultado, solo que esta vez la sangre del policía quedo esparcida por todo el piso de elegante empedrado. Un dolor insoportable obligó al herido a prestarle atención a su hombro, el cual comenzaba a sangrar bastante. Despabilado por el dolor, con una actitud algo defensiva, Alan se propuso escabullirse detrás de un asador de ladrillos. Sosteniendo el arma con su mano izquierda, siendo el diestro, echó un ojo para ver el panorama. Parte de la gente que reía y pasaba un buen momento huyó despavorida hacia las casas linderas y muchas otras fuera del barrio privado, un detalle notable puesto que unos cinco o seis autos eran los únicos que quedaban estacionados cerca. No había rastro de Ariel pero si de los cuatro guardias que se acercaban cautelosamente a la parrilla intentando un rodeo. La situación estaba difícil. La herida en su brazo hábil, volteaba la balanza en favor del regimiento de seguridad. Como era recurrente, imágenes de eventos pasados invadían su mente, aunque esta vez con matices más oscuros sembrados por la frustración y la ira. El cólera se abría paso por su cuerpo y la rabia casi se percibía en el aire. En voz baja, hablando consigo mismo o quien sabe con quién Alan exclamó:

- Siempre es lo mismo. Nunca puedo estar tranquilo ¿No puedo tener una vida normal como cualquier persona?—decía al mismo tiempo que se alejaba del asador— ¿Por qué? ¿Por qué tienen que pasarme estas cosas? ¿Por qué haga lo que haga la mierda me persigue? ¡Si lo único que quiero es hacer las cosas bien por una vez en la vida! ¡¿No puedo ni siquiera ayudar a una mujer indefensa a salvarse sin que el mundo me eche basura encima?! ¡¿Por qué?! ¡¡¿Por qué?!!

En un pico de ira y cólera, Alan salió corriendo directo hacia uno de los guardias. Suerte para él, los inexpertos habían dispuesto una aproximación por varios flancos, lo que eliminaba uno de los factores favorables para ellos, la superioridad numérica. Alan, aun con el arma en su mano sana, poseído por un subidón de energía como si fuera un guerrero berserker, aplicó ayudado por la escasa visibilidad en esa parte de la casa y el impulso tomado, una implacable patada voladora de estilo reversible sobre la cabeza del sorprendido guardia. Los daños fueron totales, el guardia cayó inconsciente, probablemente muerto. Un leve dolor en el brazo cuando aterrizó, no impidió detener el salvaje ataque. De nuevo tomando impulso corriendo a toda velocidad, empujó con todo su cuerpo el torso del otro descuidado guardia, desparramándolo por el suelo. Esta vez bastaron dos golpes con la culata de la pistola para romper el cráneo del guardia y dejarlo fuera de combate. Esta vez la posición de Alan peligraba. Mientras se recomponía para atacar al siguiente objetivo, ambos guardias aparecieron por la retaguardia y un terrible intercambio de disparos se apoderó de la escena. Uno de los guardias recibió dos disparos en el pecho y el otro uno en el cuello, provocando la muerte de ambos por desangramiento. ¡Carajo! Nuevamente el hombro de Alan era víctima e imán de las dolorosas balas, al punto que la sensación era insoportable, como si el brazo entero colgara de un hilo de carne y estuviera a punto de caerse en cualquier momento, quizás era así.

Alan yacía tirado en el suelo, agonizando. Alrededor, sillas y mesas con bocadillos aun apetecibles. Globos y guirnaldas, cerveza y gaseosas. Ya no había imágenes en la mente de Alan, tampoco pensamientos. Su físico podía recuperarse con el tiempo, pero las heridas verdaderas eran aquellas que habían acabado con su voluntad de vivir. La policía vendría pronto y ya no tenía fuerzas para seguir. Un destino probablemente eterno en la cárcel era lo único que lo esperaba y realmente no le importaba. Aceptaba su vida como una continua decepción y no tenía más intenciones de cambiar nada. Lo que tenga que suceder, que suceda, esa era la actitud del hombre rendido. Lo único que lamentaba era el cruel destino que acabaría con la vida de Melisa. Pero ella necesitaba un héroe, no un hombre como él.

— ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué pensé que podría ayudar a salvar la vida de alguien? Esos actos solo corresponden a los héroes verdaderos, no a un idiota como yo.

Una y otra vez, Alan se repitió frases de similar carácter, hasta que su aliento le fue robado. De entre las sombras de la casa, como si fuera un horrendo nigromante, la figura de Ariel se mostró en su esplendor.

—Así te quería ver. Eso es lo que pasa cuando enfrentas a alguien superior. Antes me ganaste con un golpe de suerte, pero al final soy yo el vencedor—comentó con un tono venenoso caminando alrededor del lisiado.

Un breve silencio que pareció eterno dominó la escena, Alan contestó como pudo, escupiendo sangre.

—Está bien, como vos digas.

Sin necesidad, gobernado por una maldad pestilente. Ariel pateó tres veces el cuerpo de Alan.

— ¡Pedazo de mierda! ¡Sos una basura soberbia igual que tu tío, igual que tu papá!

Dubitativo, pensando que su cerebro no funcionaba del todo bien por la pérdida de sangre, Alan atinó a cuestionar:

—No conoces a mi padre, ni a mi tío. Así que por favor no opines sobre ellos.

- Mmm... Es verdad, hasta cierto punto. No conozco a tu papa biológico. Yo era muy joven cuando mi papa lo atropelló ¿Sabías que el idiota quiso detener a mi papá cuando robó una camioneta? ¡Jajaja! Se puso delante de la camioneta en medio de la calle ¿Qué pensaba, que era un superhéroe?

La grave herida en el hombro, comenzaba a echar sangre a borbotones, tal vez porque su corazón comenzó a estallar de ira, los latidos parecían escucharse en el ambiente.

—Tu mamá vio todo desde la vereda y empezó a gritar y mi papá la mato a balazos ¡Lo más gracioso es que mi papá mató a tus padres de sangre y yo maté a tus padres adoptivos! ¡Jajaja!

Ante una carcajada incomprensible como esa, el alma de Alan se convirtió en un torbellino de angustia, su expresión de odio y repulsión eran tal que cualquiera podría jurar que el cielo se nubló y se dispuso a lloviznar en consecuencia de tan poderosos sentimientos. No hubo respuesta expresada en palabras por el agonizante hombre, solamente una mirada de fuego y una respiración agitada como un león que saborea su futura presa. La policía llegó al fin, montones de patrulleros inundaban el barrio con sus sirenas azules y decenas de uniformados comenzaron a bajar de los vehículos.

— ¡Ya era hora! Acá está el desgraciado—añadió sin necesidad Ariel, que sin darse cuenta bajo la guardia dándole la espalda a un Alan desbordante de adrenalina asesina.

Con un movimiento veloz, como un hombre que no ha perdido litros de sangre, tomo una de las pistolas de los guardias fallecidos y tomó del cuello por detrás a Ariel, apuntándole con el arma hacia la sien. Uno de los oficiales exigió en voz alta sin efecto que Alan se detuviera. El torrente de sangre comenzaba a brotar sobre el cuerpo del rehén, mientras el brazo derecho tomaba fuerte y firmemente el cuello del mismo, ignorando todo posible dolor. La mano izquierda no dudaba, estaba lista para halar el gatillo. Un nuevo Ariel, muy diferente al de hace unos minutos, pedía misericordia y que por favor lo dejara ir. Los policías sin control de la situación intentaban acercarse, procurando una especie de milagro que detuviera al tirador. Las cosas cambiaron cuando un negociador llegó e hizo la simple pregunta, aquella que Alan estuvo esperando todo este tiempo, tal vez incluso sin saber que lo hacía.

—Tranquilo, solo te queremos ayudar ¿Qué es lo que necesitas?

Alan se estremeció, tal vez porque la situación tan abrumadora a la que había llegado, parecía innecesaria. Nunca se cruzó por su mente pedir ayuda. Él siempre se encerraba solo en sí mismo, alimentado por un ego enorme sugerido por una sociedad enferma en muchos aspectos. Como se dijo antes a sí mismo, lo repetía al borde del llanto, pero con lágrimas de esperanza. Era el momento. Ahora o nunca.

— ¡Por favor! Existe una mujer que necesita ayuda ¡Por favor! ¡Necesito ayudarla, es lo único que quiero! Ella vive en una casa de huérfanos y si no llevo pronto un medicamento va a morir ¡Por favor, necesito salvarla, ella me necesita, por favor!

Sus sollozos fueron escuchados y sus plegarias cumplidas. El negociador accedió de buena manera, obligando a todos los oficiales a bajar sus armas en señal de buena voluntad.

—Tranquilo, vamos a darle el medicamento a esa mujer. Deja ir al rehén y te juro que no te va a pasar nada. Vamos a ayudarte—En tono amable pero seguro, dijo el negociador.

— ¡No, no! ¡No es tan fácil, ustedes no pueden conseguir el medicamento, la única persona que tiene el medicamento es este hombre! ¡Deciles hijo de puta, deciles donde está el laboratorio!

Ariel, siempre fue un hombre de dudosa reputación, pero hasta donde las autoridades sabían, él era un gran empresario e importador. Que uno de sus laboratorios saliera a la luz, provocaría averiguaciones que de seguro le costarían parte de su fortuna o incluso su libertad. Con la misma inestabilidad de siempre, Ariel comenzó a gritar insensateces y sacudirse intentando zafarse, finalmente los tendones del brazo de Alan, sucumbieron ante la naturaleza física, dando como resultado un brazo completamente inactivo. El rehén, dio un cabezazo hacia atrás rompiendo una nariz, quitando con otro movimiento el arma de la mano de su captor y acribillando a quemarropa todo el cuerpo de Alan. De inmediato una lluvia veloz y certera de balas policiales destruyó por completo el torso de Ariel, quien cayó desplomado junto al cuerpo del recién fallecido Alan.

**Capítulo XI**

Los medios de comunicación se agolpaban en la entrada del barrio privado, intentando reportar una jugosa primicia. Los titulares en todos los periódicos y noticieros televisivos, exponían carteles negros con grandes letras blancas que proclamaban «Una noche de terror en el barrio privado» o «Masacre en fiesta privada». Eran alrededor de las diez de la mañana cuando una ambulancia con destino a la morgue, era víctima de un centenar de flashes de cámaras que retrataban la morbosa curiosidad humana. Los cuerpos de policías y guardias eran retirados junto al de dos civiles protagonistas de una noche macabra.

Ha pasado un año, y pocos recuerdan lo sucedido una noche en un elegante barrio privado al norte de la ciudad de Buenos Aires. Lejos, pero no tan lejos, en una vieja casona casi bicentenaria una mujer sin brazos ni piernas le comentaba a una amable señora que tenía hambre y que le gustaría escuchar algo de música pop, al menos para pasar el rato y no aburrirse. Un collar de oro brilla en su pecho y una sonrisa desprende felicidad a cualquier persona que desee visitar cualquier día de la semana el hogar para huérfanos "Alan Ordoñez".